

am l' extrem Orient. Catalonia té la protecció divina. Barcelona pot exclamar: « Excelsior! Altre cop seré la reina del Mediterrá. »

Penso en el present. Es encoratjador. La vida de la nació s fa intensa. Catalonia treballa; Catalonia s fa rica, se fa artística, se fa savia, se fa forta. Tots els desacerts fatals de la política espanyola s tornan vida próspera per ella. Feliços els pobles que caminen segurs en el present, sense oblidar el passat, am fe en l' esdevenidor! De tots els combats amb els elements inconscients de sí mateixa, Catalonia surt am l' ànima més temperada, més forta. Afortunades les nacions qui segueixen dins un corrent historic favorable!

Penso en l' avenir. Es falaguer. L' imperi turc, destruït o transformat; l' Africa, europisada; les nacions mediterrànies, al cim de la civilitació; els actuals estats neo-llatins, desfets, i capgirades les nacions que ls formen en harmonica confederació. Catalonia, si l' ha meritada, ne té l' hegemonia supersocial.

Obro ls ulls i dic « Catalonia, tens un gran ideal devant teu. Fes ta via i l' assoliras! »

JOAQUIM CASAS CARBÓ.



BOSQUEJO

Se acusa á nuestro siglo de excesivamente práctico. Si nos fijamos en un hecho, quizá podamos desmentir á los que hablan así.

Se le reprocha su amor á lo solamente productivo, á lo prosáico; el reproche nace de que muchos suelen ver en esto una negación del amor á las más sublimes manifestaciones de la belleza.

Sin embargo, por poco que ahondemos en la cuestión, nos convenceremos de que en nuestro tiempo, á pesar de esa grande pasión por lo útil, lo que alegra la vida, lo que completa la existencia, el arte, en fin, en el sentido más lato, no ha hecho bancarrota; antes ha ocupado lugar preeminente entre el progreso de las ciencias y de las artes industriales.

Prueba es de ello el resultado obtenido por los artistas, por los verdaderos artistas, se entiende.

Fijándonos especialmente en los literatos veremos que, al revés de lo que sucedía en otros tiempos, no tienen que hincar servilmente la rodilla ante los magnates para recabar una protección humillante. Aún los más atrevidos en el pensamiento y en la manifestación de éste, después de lucha más ó menos larga y preñada de accidentes, han logrado las simpatías del público, ó cuando menos que se les leyera, y han podido hacerse con una posición que les permitiere trabajar tranquilamente y decir en alta voz y con independencia lo que ellos han juzgado verdad.

Naturalmente que en esto hay excepciones. Abundan estas principalmente en España y en aquellos otros países que viven vida miserable. Pero en Francia, en Alemania, en Inglaterra, estas excepciones son raras. Abundan los que, como Hugo, Zola y otros, han hecho respetables fortunas con el producto de sus obras. Y no se nos objete en contra, recordando la vida, resumen de miserias, de Balzac y Zorrilla, por ejemplo; pues esto, más que á otra cosa, obedece á circunstancias especiales.

Es natural que ha contribuido mucho al progreso de la literatura, el auge creciente de la prensa.

De todo lo dicho, podemos deducir que cabe perfectamente hermanar á la prosa y la poesía; que el progreso material no excluye, antes al contrario implica el intelectual. Desmentimos, pues, eso de que nuestro tiempo sea excesivamente práctico.

En vano buscaríamos en el siglo XIX esas humillaciones de génius como Cervantes, Racine, Corneille y tantos otros que, no dudamos que haciendo traición á su conciencia, adulaban á reyes y grandes, á gente que por lo común no se distinguía ni por su bondad de corazón ni por el brillar de sus cerebros, ni por la sensibilidad de alma; que cuando más admiraban las obras de arte porque era de buen tono hacerlo, humillaciones así, decimos de esos escritores que inclinaban su frente augusta ante los poderosos, reconociéndoles méritos que generalmente no tenían, para poder rodear su vida de alguna comodidad, con mercedes que no siempre se alcanzaban.

Ejemplos así, los hay infinitos. Basta tener alguna noticia de la vida de esos grandes hombres, basta conocer sus libros generalmente precedidos de una dedicatoria llena de alabanzas — ¡qué digo de alabanzas! — de adulaciones, para convencerse de ello.

JUAN DEL MOLINO